EN EL « CENTENARIO » DE LA GENERACIÓN DEL 80: RELEYENDO JUVENILIA

Al celebrarse hoy el « centenario » de la generación argentina del 1880, volvemos la mirada hacia aquel grupo de escritores leídos hace mucho tiempo, entre nuestros primeros autores hispanoamericanos. Prosas amenas de Miguel Cané, Eduardo Wilde, Lucio V. Mansilla, Lucio V. López, Eduardo Cambaceres, Paul Groussac; versos de Rafael Obligado, de Martín Coronado, de Almafuerte, de Calixto Oyuela... ¿Será aquella deliciosa Juvenilia de Miguel Cané tan deliciosa hoy como cuando teníamos la edad de sus colegiales? ¿Justificará hoy este librito clásico de los argentinos su prolongado clasicismo?

En 1968 un crítico—que ha de ser de izquierda— publicó en Buenos Aires un estudio sobre Cané. Para este crítico, *Juvenilia* y los demás libros de Cané no tienen valor estético alguno. Cané, miembro representativo de una clase —la élite dominante de su época— nos ofrece, sí, una visión de la realidad que coincide con la de los hombres del 80. « Una obra de esta naturaleza » —arguye— « tiene un único valor: es testimonio, justamente, de esa particular visión de la realidad; y admite un solo tipo de análisis: el que conduzca a caracterizar esa visión y a encontrar sus determinantes ».¹

¿Es este hoy el único valor de *Juvenilia?* ¿Se han equivocado todos los que hallaron en *Juvenilia*, generación tras generación, un librito deleitoso, de interés permanente, cuya lectura suscita la alegría, la compasión, la tristeza, la suave añoranza de tiempos felices y una multitud, en suma, de emociones delicadas?

« Lo he leído yo » —declara Eduardo Wilde en 1884— « alternando mis impresiones entre la risa, la tristeza, la suave emoción y la franca alegría ».² Edmundo de Amicis, tras leer *Juvenilia*, exclama: « Se necesita haber estudiado veinticinco años alrededor de ese

2. Citado por Ricardo Sáenz Hayes, en Miguel Cané y su tiempo, Buenos Aires, 1955, pág. 336.

^{1.} Ver Santiago González, Miguel Cané, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1968, pág. 8.

tremendo misterio del estilo para gustar, o mejor, para gozar con todo lo que hay de delicado, de exquisito, de señoril, en esas páginas ».³

En septiembre de 1905, ante el sepulcro de Miguel Cané, Enrique Larreta leyó un discurso en que afirmó proféticamente: « *Juvenilia* hará relucir siempre a los ojos de las más remotas generaciones su rocío de gracia y de frescura, como una rosa perdurable ».⁴

La profecía de Larreta se ha ido cumpliendo; a las nuevas generaciones, como a la de los coetáneos de Miguel Cané, el libro les parece tan *matinal* y tan *perdurable* como a su profeta modernista. El éxito de *Juvenilia* en efecto, ha sido y es un éxito tanto de masas como de élites. Las ediciones se agotan en poco tiempo. En mayo de 1960, por ejemplo, la Editorial Universitaria de Buenos Aires imprimió 30.000 ejemplares; antes de un año, en febrero de 1961, la misma editorial hubo de imprimir otra edición, ésta de 25.000 ejemplares.

Volvamos al discurso de Larreta porque la profecía que hay en él no es lo único que nos interesa. Larreta tiene dos afirmaciones que nos es oportuno subrayar. Una se refiere a Miguel Cané; otra, no sólo a Cané sino a sus coetáneos y especialmente a los que fueron sus condiscípulos del Colegio Nacional Central. « Un buen gusto de alma bien nacida le hacía imposible descender a lo mezquino, a lo sórdido ». Esta declaración es de interés en lo que mira a la tesis, digamos, de nuestro artículo. « Pertenecía, por cierto », —agrega Larreta— « a una generación exaltada. Ayer el país era pobre; pero no así el alma de sus hijos, que estaban todavía muy cerca de las épocas heroicas y de los ejemplos abnegados ».⁵

Como el propósito de este trabajo es sugerir que la gran diversidad y, sobre todo, la alta calidad de los sentimientos y emociones que se dramatizan en *Juvenilia* contribuyen de una manera muy sutil a conferirle su gracia, su frescura, su perdurabilidad, nos importa tener en cuenta *quienes* son los sujetos de esos sentimientos y emociones. Aquellos muchachos del Nacional Central se nos aparecen exentos de toda mezquindad y sordidez; y Larreta, de una generación posterior, pero que estaba cerca de ellos y que coexistió con muchos, nos da un testimonio vivencial de la calidad espiritual de Cané y de

^{3.} Op. cit., pág. 330.

^{4.} Op. cit., pág. 514.

^{5.} Ibid.

los personajes de *Juvenilia*, cercanos todos ellos a su vez, a « las épocas heroicas » y ejemplares por su abnegación.

Leyendo *Juvenilia*, en efecto, nos deleita el tipo de sensibilidad ejercido por Miguel Cané y sus condiscípulos del Colegio; nos deleita ese modo noblemente espontáneo y profundo con que se iban instalando en la existencia y con que reaccionaban ante personas, cosas y sucesos.

Y si examinamos estas memorias estudiantiles como expresión de ese íntimo modo de enfrentarse con las realidades, el libro se nos aparece como una ideal galería en que se exhibe una muchedumbre de emociones exquisitas, de delicados sentimientos que una sensibilidad superior ha ido dejando a lo largo de sus páginas como quien cuelga bellísimos cuadros o coloca preciosas estatuas a lo largo de unos muros en un ámbito iluminado de clara y tibia luz.

Esas emociones, esos sentimientos —ternura, piedad, amor, admiración, respeto, melancolía, generosidad, gratitud, humor sin malicia— enriquecen exquisitamente la calidad de los capítulos.

Tratemos de ilustrar con algunos ejemplos lo arriba afirmado.

En la introducción de *Juvenilia* ya se nos manifiesta lo que llamaremos la « sensibilidad magnánima » de Miguel Cané. En la introducción el autor nos habla desde su actual presente, digamos; esto es, nos cuenta episodios de su vida adulta muy posteriores a sus años de estudiante y nos habla del libro mismo que nos ofrece. ¡Y cuánta sensibilidad en lo que nos dice antes de evocar sus recuerdos de la niñez!

Pensando en los que sobreviven —y sobresalen— en aquel hoy de hace cien años, exclama: «¡Cuántos desaparecidos! ». Estos desaparecidos no son tan sólo los condiscípulos fallecidos sino los fracasados, entre los que alude a tres grandes promesas de los días del Colegio. La historia de estos tres amigos de antaño resulta tanto más melancólica cuanto que se contrasta con el éxito del narrador mismo, hombre que alcanzó altos honores y gran predicamento en la plenitud de la vida.

Han pasado muchos años desde los días del Colegio. El narrador ahora, el doctor Miguel Cané, es Ministro; es, además, escritor, polemista, profesor, *clubman*, y se mueve en los más altos círculos sociales y políticos. Un día el Ministro Miguel Cané entra en una oficina subalterna de la Administración Nacional en que trabaja un empleado insignificante. Arropado en levita vieja y raída, el escribiente traza rayas paralelas sobre un pliego de papel. Esta ocupación lo tiene profundamente absorto. Cada vez que termina de trazar una raya, seca la tinta de la regla que utiliza en la manga de la raída levita. El cuadro todo está sobriamente pintado, con un fino humor que neutraliza cualquier peligro de sentimentalismo barato. ¿Quién resulta ser el escribiente de las rayas paralelas? Un antiguo condiscípulo del escritor. « Ese hombre » —recuerda Cané— « allá en los años del Colegio, me había un día asombrado por la precisión y claridad con que expuso, tiza en mano, el binomio de Newton ». Su apodo desde entonces, fue por eso *Binomio, Binomio* a secas.

Después de trazar varias rayas más, el empleado levanta la cabeza y reconoce a su antiguo compañero: « Se puso en pie, en una actitud indecisa; no sabía la acogida que recibiría de mi parte... » ¡Qué bien revive el escritor la escena! Es la muy común del encuentro de dos amigos largo tiempo separados. Pero es también el encuentro del Fracaso y del Éxito. Vemos al Fracaso en su deshilachada levita; vemos al Éxito luciendo elegantísimo atuendo a la última moda de la época, alto el cuello almidonado, nítida la camisa, relucientes los zapatos. Los bigotazos del Ministro tienen sus guías firmes y lustrosas de cosmético. (Cané no se describe a sí mismo pero él está en la escena estableciendo el contraste que aquí indicamos).

« ...Me enterneció y lancé un ¡¡Binomio!! abriendo los brazos, que habría contentado a Orestes en labios de Pílades ». (Adviértase de pasada el verbo que utiliza Cané: me enterneció).

El empleadillo entonces se echa confiado en los brazos del Ministro y tras las efusiones de rigor, cuenta la historia de su vida oscura. Sabe él que es el Fracaso hablando con el Éxito. Mas no se siente humillado ni menospreciado en absoluto por el gran señor que lo interroga y escucha con la más cordial camaradería.

«¡Con qué placer te oigo!» —exclama el pobre diablo—. «Y, ¿qué puedo hacer por ti, Binomio?».

La entrevista va a terminar. El Ministro debe irse y el escribiente ha de seguir trazando sus rayas paralelas. Cané pregunta:
—Y, ¿qué puedo hacer por ti, Binomio?

Binomio —nos cuenta— « se puso colorado y al fin de mil circunloquios me pidió que tratara de hacer pasar en la Cámara un aumento que iba propuesto; ganaba cuarenta y tres pesos y aspiraba a cincuenta. ¡Pobre Binomio! ¡Cuántos como él, perdidos en el vasto espacio de nuestro país! »

La historia de Binomio está trazada con rapidez, con la mayor economía posible de medios expresivos. Pero ¡cuánta piedad, cuánta compasión amistosa, cuánta espontánea, calurosa generosidad entran en ella! Parejos sentimientos, en la misma introducción, suscita el recuerdo de Matías Behety y de Broth. ¡Qué entrañable afecto expresa Cané al evocar la vida triste del primero, su talento frustrado, su sórdida bohemia, su miseria final! La extraña obsesión de Broth le inspiraría el cuento « El Canto de la Sirena ». Todavía en el momento de evocar la imagen del pobre soñador perdido de vista años atrás, le embarga un profundo sentimiento de admiración y de melancolía.

Cané consagra el capítulo 6 al doctor Eusebio Agüero. El anciano y achacoso Rector sufre de insomnio. Durante las largas noches del claustro, los colegiales, por turnos, deben velar al insomne y leerle vidas de santos para hacerle conciliar el sueño. Todos aceptan, de buena voluntad, la penosa tarea: « Jamás se nos pasó por la mente la idea de protestar contra aquella servidumbre; tenía esa costumbre tal carácter afectuoso, patriarcal, que la considerábamos como un deber de hijos para con el padre viejo y enfermo ».

Como se ve, los sentimientos evocados no son tan sólo de Miguel Cané sino de los demás colegiales. Todo el capítulo 6 se desenvuelve en una suave, tierna atmósfera afectiva. « Más de una noche... me daba una palmadita en la cabeza y me decía con voz impregnada de cariño: 'Duerme, niño, todavía no es hora... » En suma, todo aquí es sentimiento delicado, sutil emoción, cariño filial y paternal, respecto, piedad, gratitud.

Acaso el mejor retrato de Juvenilia sea el de gran maestro Amadeo Jacques, ídolo de los colegiales del Nacional Central. Cané consagra al recuerdo del maestro siete capítulos. (7-14) En ellos la afectividad del evocador tiene mayor vigor que en ningún otro. Jacques inspiraba « veneración profunda », pese a ser hombre colérico y violento. « Adorábamos a Jacques a pesar de su carácter, jamás faltábamos a sus clases, y nuestro orgullo mayor, que ha persistido hasta hoy, es llamarnos sus discípulos ». (13)

Las dotes del novelista nunca logrado en Cané se revelan inequívocamente en estas páginas trazadas al correr de la pluma. Honda emoción envuelta en la gracia de un humorismo sin malicia, dan a estos capítulos su peculiar fuerza evocativa. El 12, el que relata la batalla de Jacques y Corrales en clase de geometría, es acaso el más cómico del libro. La comicidad de *Juvenilia*, dicho sea de paso, tiene el mérito muy especial de expresarse en lenguaje escolar, esto es, utilizando un vocabulario y unos conocimientos históricos o científicos que se suponen recién aprendidos en las aulas:

« Pero Corrales era un simple montonero, un Páez, un Güemes, un Artigas; no había leído a César, ni al gran Federico, ni las memorias de Vauban, ni los apuntes de Napoleón, ni los libros de Jomini. Su arte era instintivo y Jacques tenía la ciencia y el genio de la estrategia... » (12)

El último capítulo sobre Jacques es también el más patético: relata la muerte súbita del maestro, describe el cadáver cuya mano derecha pende del lecho: « Uno por uno, por un movimiento espontáneo, nos fuimos arrodillando y posando en ella los labios, como un adiós supremo a aquél a quien nunca debíamos olvidar ».

Aquellos muchacos del Nacional Central, maquinadores de escapadas nocturnas, hábiles hurtadores de sandías vascas, siempre en perpetuo afán de nuevas travesuras, eran, no obstante, como el fino artista que los evoca, unos mocitos sensitivos, capaces de la más entrañada gratitud, de amor, respeto y admiración hacia quienes se mostraban dignos de tales sentimientos.

El capítulo final sobre Jacques se cierra con estas frases reveladoras: « Le llevamos a pulso hasta su tumba y levantamos en ella un modesto monumento con nuestros pobres recursos de estudiantes. Duerme su sueño eterno al abrigo de los árboles sombríos, no lejos del sitio donde reposan mis muertos queridos. Jamás voy a la tumba de los míos sin pasar por el sepulcro del maestro y saludarle con el respeto profundo de los grandes cariños ».

Si nos propusiéramos comentar todos los sentimientos y emociones que con mayor eficacia suscitan el clima afectivo de *Juvenilia*, necesitaríamos muchas más páginas que las de que consta el libro. Pasemos, pues, por alto todos los capítulos que siguen a la historia de Amadeo Jacques hasta el final. Nada digamos ni de los capítulos 35 y 36 que relatan el retorno de Cané a su antiguo colegio, ahora él en carácter de profesor, de examinador, y que nos cuentan la emoción del hombre maduro que en la visita al claustro súbitamente recupera años de su niñez y que al examinar a colegiales tan semejan-

tes a él y a sus condiscípulos de antaño, en lo que mira a los terrores de los examinandos, se complace en sugerir las respuestas en la fraseología de las preguntas.

Para concluir, dejemos bien en claro que los sentimientos y emociones de que están urdidas las páginas de Juvenilia, no explican por sí solos el éxito del libro. Tiene éste méritos y emplea recursos literarios de efecto decisivo que Ricardo Rojas enumera con acierto: « la unidad de ambiente, de argumento y de estilo; la animación de las narraciones, la viveza de los diálogos, el color de los paisajes, la amenidad de [la] prosa... » 6 todo esto confiere un carácter novelesco y da valor perdurable a estas memorias. Conviene insistir en que el narrador-protagonista muestra una humanidad tal que arrastra nuestra simpatía. Su libro tiene por esto —guardando las distancias y con las debidas reservas— algo de esa magia deleitosa del Lazarillo de Tormes.

La humanidad del narrador, como íntimamente urdida de esas emociones y sentimientos tantas veces aludidos, jamás peca de sentimentalismo. Esas emociones y esos sentimientos, sí, al expresarse en tantas formas y envueltos en tal sutil humorismo, suscitan el clima de la obra, son su fragancia espiritual, la emanación, en suma, de un jardín afectivo cuya floración hoy ya secular demuestra ser inmarcesible.

HUGO RODRÍGUEZ-ALCALÁ Universidad de California, Riverside

^{6.} Ricardo Rojas, Historia de la literatura argentina, vol. 8 de Obras completas, Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1948, pág. 445.